

Comprender al marqués de Sade

Francine du Plessix Gray,
Marqués de Sade,
 Abel Debritto y Merce Diago (trads.),
 Javier Vergara Editor, Barcelona, 2000

Juan Antonio Rosado

Hay momentos en la historia en que la fuerza transgresora de un hombre o una mujer trasciende la propia imagen real de ese ser para ubicarla en un plano alejado de lo real y de lo histórico: en el eterno plano del mito. El destino de estos hombres ha estado siempre en el vasto campo de la excepcionalidad, y es la "heterología" –la disciplina o "ciencia" de lo otro– la que se ha encargado de reflexionar en torno a ellos. El ser de carne y hueso –con todos sus contextos– es opacado por la leyenda, por el mito, e incluso a veces su mismo nombre cobra un signo histórico y se incorpora al léxico para denotar o remitirnos al mito. ¿Qué cosa más alejada de Cristo que los cristianos, incluido el fundador del cristianismo, san Pablo, que nunca conoció a Jesús personalmente? ¿Qué cosa más alejada de Marx que los marxistas? Y así podemos seguir cuestionando los ismos basados en la idea, en el mito, en la leyenda. Unos dos mil 700 años antes de nuestra era, en el *Poema de Gilgamesh*, se había establecido tajantemente que la única inmortalidad reservada al ser humano es la de su nombre. Sí: de su nombre y, por supuesto, de todo lo que este nombre implica, sea algo positivo –como Osiris, Indra, Prometeo, Cristo u otros mitos redentores– o algo negativo –Vritra, Seth, Lucifer, pero también Gilles de Rais (*Barba Azul*), madame Bathory, Leopold von Sacher-Masoch o el malentendido marqués de Sade.

Este último caso –el de Sade– ha atraído, desde la revolución surrealista hasta la fecha, a un sinnúmero de pensadores y artistas –Apollinaire, Maurice Heine, Gilbert Lely, André Breton, Blanchot, Klossowski, Philippe Sollers, Bataille, Barthes, Maurice Lever u Octavio Paz–. Y es que en el nombre de Sade se cifra la transgresión de las normas y convenciones morales, sociales y religiosas de una sociedad hipócrita, pero también la "monstruosidad" del pornógrafo incomprendido. En ese nombre no ha resonado, mas que pocas veces, el Sade de carne y hueso: por un lado, los orígenes de la familia provenzal, su genealogía, sus mitos, sus oficios y quehaceres, su fascinación por la figura de Laura de Noves, esposa de un ascendiente de los Sade y "musa" del gran Petrarca, son elementos que alimentaron su vida; por otro, está

el niño que sufrió su primer destierro a los cuatro años por su carácter caprichoso e individualista, el esposo celoso y el padre odiado, el amante, el noble de la Francia prerrevolucionaria, el soldado y su papel en la guerra contra Prusia e Inglaterra cuando contaba con 15 años, el lector agudo y compulsivo, el amigo de un cardenal libertino, el ateo recalcitrante cuya doble moral y astucia le llegaron a dar privilegios, y el hombre que pasó 27 años y un mes de su vida en 11 prisiones, bajo la Monarquía, la Primera República, el Imperio y la Restauración. El largo encarcelamiento en Vincennes, para sólo referirme a uno, produjo en Sade un paulatino delirio, un desquiciamiento feroz que se halla marcado por la extensa correspondencia con su esposa y su suegra, que adquiere tonos y matices diversos a lo largo de

13 años. Entre las cartas, hay una redactada con su propia sangre a su suegra.

Víctima de la hipocresía y la doble moral de toda una época, Donatien, marqués de Sade, tuvo la desgracia de ser uno de los pocos nobles honrados (y honestos): ése –y no otro– fue su auténtico crimen. Hijo de un padre libertino y bisexual, que conforme envejecía se arrepentía de su juventud para abrazar cada vez más la moral católica convencional, Sade nunca hizo nada que los demás miembros de la aristocracia no hicieran velada o hipócritamente.

La última biografía del que los surrealistas llamaron *Divin Marquis*, escrita por la investigadora polaca Francine du Plessix Gray, despoja a la palabra “Sade” –en la medida de lo posible– de la cobertura mítica y legendaria para descubrir al hombre de carne y hueso. Como toda buena biografía, la vida y obra del biografado se halla perfectamente contextualizada, de tal modo que el lector penetra en la historia política, social, cultural y no sólo de la vida privada. Du Plessix Gray hurgó no sólo en la vasta obra crítica en torno a Sade, a su época y a sus textos literarios y no literarios (incluida toda la correspondencia accesible), sino también a los archivos mismos de la familia Sade, con diarios y documentos, y se entrevistó con los descendientes directos de esa figura que sigue siendo problemática.

Lo primero que debe tenerse en cuenta para adentrarse en la vida del marqués es el extremo relajamiento de la moral del clero y de la nobleza de Provenza. Esto

explica en buena parte la conducta libertina del hipócrita abad Jacques-François de Sade, tío de Donatien. A modo de ejemplo, he aquí algunas estipulaciones legales promulgadas por los papas de Aviñón, con el objeto de recaudar fondos, y cuyas repercusiones se mantenían en años venideros:

Una monja que se haya entregado a varios hombres, simultánea o sucesivamente, dentro o fuera del monasterio, y dese alcanzar el rango de abadesa, pagará ciento treinta y una libras, quince céntimos [...] De todos los pecados de fornicación cometidos por un hombre laico, se concederá la absolución por veintisiete libras. Añádanse cuatro libras adicionales por incesto [...] Las mujeres adúlteras pueden recibir la absolución, librarse de persecución y recibir la bendición para continuar relaciones ilícitas, por ochenta y siete libras, cinco céntimos” (citado por Du Plessix Gray).

La infancia del marqués estuvo entonces rodeada por un ambiente de libertinaje: he ahí su excusa moral favorita, ya que Sade justificó a menudo su propia depravación alardeando el libertinaje de parientes y coetáneos. La Regencia fue uno de los periodos más licenciosos. La época en que el padre de Sade nació fue un periodo caracterizado por la búsqueda del placer, pero también por su crueldad. En la educación del marqués, además, intervinieron todo tipo de lecturas, incluidas las pornográficas o libertinas de la época, con ilustraciones, lo cual lo llevó a una falta cada vez más grande de contacto con la realidad.

Francisco Bolívar Zapata,

Una visión integradora. Universo, vida, hombre y sociedad,

El Colegio Nacional, México, 2001, 724 págs.



La raza humana ha cambiado al planeta en que vivimos e indudablemente la transformación de nuestra Tierra es el resultado de dos grandes vertientes de la actividad creativa de la presencia humana: la científico-tecnológica y la humanista-artística. Los miembros de El Colegio Nacional presentan en este documento ejemplos de cómo esta actividad ha contribuido, por un lado, a comprender mejor el lugar en que vivimos, incluyendo la naturaleza y la biodiversidad de la que formamos parte y, por otro, de cómo también el conocimiento científico generado, a partir del cual se desarrolla la tecnología, ha permitido resolver muchas de nuestras demandas y necesidades, aunque al mismo tiempo su abuso ha sido responsable de distorsionar el balance armónico de los sistemas del planeta en general y en particular de los ecosistemas.

Este ciclo de conferencias analiza la presencia del hombre y de sus contribuciones en las ciencias sociales, en las humanidades y en las artes, que han permitido, entre otras cosas, la definición y adopción de marcos sociales para la convivencia de los individuos y de las naciones, el análisis antropológico y filosófico de la presencia y de la misión del hombre, así como el desarrollo y fortalecimiento de la cultura en sus diferentes ámbitos.

Al ubicar a Sade —que, por lo demás, odiaba la violencia y la sangre y sólo se concretó en algunas de sus obras a mostrar la crueldad de sus victimarios— en un contexto familiar en que la pauta común era la libertad sexual, comprendemos más el trayecto y la obra de este prolífico e incomprendido escritor. Un hecho muy sintomático es que en las escuelas jesuitas francesas del siglo XVIII el castigo corporal (sobre todo la flagelación) y la sodomización —a pesar de que ésta se castigaba con pena de muerte—, además de las representaciones teatrales, eran elementos de lo más común. En otras palabras, sobresalía la humillación del individuo, tal y como la ha practicado el cristianismo a lo largo de su historia criminal (aludo, por supuesto, a los nueve tomos de la muy documentada *Historia criminal del cristianismo*, del investigador alemán Karlheinz Deschner, obra de la que en México sólo se publicó el primer tomo). Pero no sólo los jesuitas fustigaban a los alumnos en el siglo XVIII: esa práctica era recomendada incluso en el *Manual de instrucciones para maestros cristianos*. En otras palabras, Sade no es sino un producto —uno más, con la salvedad de que era escritor— de la educación cristiana de su época. La salvedad es importante porque aún hoy mucha gente piensa que muchos artistas son locos por ser artistas o escritores, cuando lo que ocurre en verdad es que son “locos” conocidos, acaso famosos, mientras que el común de los mortales puede estar aún más loco o ser más “perverso” y criminal en el anonimato. Las notas rojas de todos los días son elocuentes y las ha habido siempre. En la época de Sade hubo un gran número de hombres que sentían un gran placer al ser flagelados y aun convertidos en masas sanguinolentas. De hecho, en los burdeles era común la práctica de la flagelación, herencia del *Manual de instrucciones para maestros cristianos*. Si la flagelación de varones era práctica más que común en los burdeles, se debe a que los varones estaban acostumbrados, desde pequeños, a las flagelaciones impuestas en las escuelas religiosas (no se puede perder de vista que, pese a su amor al prójimo y a su doctrina del perdón, el cristianismo, bajo los auspicios de su venerable Iglesia, ha estado teñido con fuertes elementos sadomasoquistas). Si a esto agregamos el hecho de que el marqués de Sade, niño solitario, estaba convencido de que “escandalizar es tan agradable”, entonces entenderemos el porqué del estigma que ha contenido su nombre. Así, su prolífica actividad como escritor en la Bastilla estuvo marcada por una necesidad tan intensa como contradictoria: escandalizar al lector, pero también ganar la aprobación social. Esto tendría repercusiones negativas tras la Revolución fran-

cesa, cuando Robespierre y después Napoleón inauguraran un moralismo ubicuo, una mojigatería, un régimen siniestro y santurrón contra la libertad e impusieran la persecución para todos aquellos que se salieron de la moral convencional.

Entre más conocemos y nos adentramos en los contextos que rodean a Sade, mejor comprendemos su obra y su excepcionalidad, ya que él era un solitario, si lo comparamos con el libertinaje compartido que ejercía su padre y otros libertinos de la nobleza, muchos de los cuales eran aficionados a la pornografía. “La afición a escribir pornografía”, dice Du Plessix Gray, no era un fenómeno aislado; se trataba de una práctica bastante extendida entre los miembros de la aristocracia provenzal”. Nuevamente, Sade no es sino el reflejo de una época.

El marqués es hoy considerado como una figura seria en la historia del pensamiento occidental; como una figura que en su visión del Eros y el Tánatos y de los impulsos contradictorios de satisfacción y represión, se adelanta a Freud. La vida y obra del marqués de Sade se debe dejar de ver como un fenómeno aislado: sólo así recobrará las dimensiones humanas que la mala fama o sus enemigos le han quitado para convertirlo, injustamente, en un monstruo. Pienso que es necesario escuchar la voz de Sade, que ha sobrevivido durante más de 300 años. Su erotismo polimorfo se adelantó en su momento a lo que toda persona civilizada de hoy en día sabe: que las relaciones heterosexuales no son más “normales” que las homosexuales, postulado que ya Platón había establecido, pero que el judeocristianismo —atento sólo a la reproducción y con ella a la multiplicación de la miseria— acabó por eliminar, pese a que tomó gran cantidad de elementos platónicos. Si todo es resurrección (o reencarnación) esperemos que la moral represiva resucite cada vez menos y resurja la libertad de expresión y de actuación, siempre y cuando no se afecte la libertad de terceros. En efecto, a pesar de la *negación del prójimo* y el silencio de la víctima en el mundo literario de Sade, ello no impide que el marqués, en su *Diálogo entre un sacerdote y un moribundo*, formule una moral tan tolerante como ésta:

Solamente la razón debe advertirnos que dañar a nuestros semejantes nunca puede hacernos dichosos; y nuestro corazón indicarnos que contribuir a la felicidad ajena es el más grande goce que la naturaleza nos haya acordado sobre la tierra. Toda la moral humana está contenida en esta sola frase: hacer tan felices a los demás como uno mismo desearía serlo y nunca causarles más daño del que uno mismo quisiera recibir. ●